REFLEXIÓN SEMANAL

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO
CORPUS CHRISTI

Gn 14, 18-20; Sal 109; 1Cor 11, 23-26; Lc 9, 11b-17

Se retiró con ellos a un pueblo llamado Betsaida, pero el gentío se dio cuenta y lo siguió. Él los acogió, estuvo hablándoles del reinado de Dios, y curó a los que lo necesitaban. Caía la tarde y los Doce se le acercaron a decirle:
- Despide a la gente; que vayan a los pueblitos de alrededor a buscar alojamiento y comida; porque esto es un lugar descampado.
El les contestó:
- Denles de comer ustedes.
Replicaron ellos:
- ¡Si no tenemos más que cinco panes y dos peces! A menos que vayamos nosotros a comprar de comer para toda esta multitud. (Eran unos cinco mil hombres). Jesús dijo a los discípulos:
- Díganles que se echen en grupos de cincuenta. Así lo hicieron, diciendo que se echaran todos. Y tomando Él los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, los bendijo, los partió en trozos y se los fue dando a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron hasta quedar satisfechos todos, y recogieron los trozos que les habían sobrado: doce canastas".

Con las celebraciones de Pentecostés, y de la Santísima Trinidad, en las que la Iglesia nos ha invitado a confesar al Dios Único, la liturgia nos ha ayudado a comprender que no se puede proclamar al Dios Único si no le amamos: «... con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma y con todas las fuerzas...» (Dt 6). Ahora, en este domingo, la Iglesia nos invita a celebrar al Dios que se nos ha revelado en Cristo y que nos ha prometido que estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Al celebrar la Solemnidad del Corpus Christi estamos reconociendo y contemplando el cumplimiento de la promesa de Dios en Cristo que se ha quedado en medio de nosotros.

Al respecto el Papa Benedicto XVI nos dice: «…Al contemplar en adoración a la Hostia consagrada, nos habla el signo de la creación. Entonces nos encontramos con la grandeza de su don; pero nos encontramos también con la Pasión, con la Cruz de Jesús y su resurrección. A través de esta contemplación en adoración, Él nos atrae hacia sí, penetrando en su misterio, por medio del cual quiere transformarnos, como transformó la Hostia…» (Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi, 15 de junio de 2006).

En la primera lectura, el gesto del rey de Salem es un modelo para los judíos y cristiano, pues aún antes de que se instituyera en Israel el ritual de los sacrificios, el ofrecimiento de plantas y animales, existió ya esta sencilla ofrenda de pan y vino por parte de un rey de Salem, que no era aún la Jerusalén que llegaría a ser después. Melquisedec es un misterioso rey-sacerdote que, según la Carta a los Hebreos, prefigura ya el sacerdocio de Jesucristo.

En el evangelio se nos presenta nuevamente el misterio trinitario. El evangelista San Lucas lo presenta primero en la imagen de la multiplicación de los panes. Este hecho no se presenta como un hecho mágico; para realizarlo, Jesús levanta primero los ojos al cielo, en una oración de petición: «... Jesús alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre los panes y los partió...». Vemos, pues una oración de petición y acción de gracias (eucharistia) al mismo tiempo: «...Padre, te doy gracias porque me has escuchado... » (Jn 11, 41). La misericordia y preocupación de Jesús manifestada en los panes será un signo de cómo el amor del Padre entrega total e incondicionalmente a su Hijo al mundo. Después, Jesús bendice el pan, pues el Padre ha confiado todo al Hijo, incluso el poder de pronunciar la bendición del cielo; y finalmente lo parte, gesto que alude a su quebrantamiento en la Pasión como a la multiplicación de sus dones que el Espíritu Santo realiza en todas las celebraciones eucarísticas. Con todo ello, se hace visible de manera simbólica que el amor trinitario se hace presente en el don eucarístico de Jesús.

En la segunda lectura, las palabras de la institución de la Eucaristía ocultan en sí mismas la inagotable plenitud del don del amor divino. San Pablo refiere aquí únicamente lo que ha oído a los primeros discípulos. La partición del pan eucarístico es inseparable del desgarramiento de la vida de Jesús en la cruz: por eso toda celebración eucarística es "proclamación de la muerte del Señor" por nosotros. San Pablo no necesita mencionar la resurrección, pues ésta ya está contenida como algo evidente en el hecho de que la muerte de antaño sólo puede hacerse presente si esa muerte era ya una obra de la vida del amor supremo. Como dice San Agustín: «... y puesto que sufrió por nosotros, nos confió este sacramento de su cuerpo y su sangre, en que nos transformó también a nosotros mismos, pues también nosotros nos hemos convertido en su cuerpo y, por su misericordia, somos lo que recibimos...» (Sermón 229).

En esta Solemnidad estamos celebrando el misterio de nuestra fe, la presencia permanente de Cristo en su Iglesia (a través del Sacramento), la presencia de Dios y el Cuerpo glorioso de Cristo, centro de nuestra comunión y unidad. Cristo quiso quedarse en su Iglesia a través de un sacramento, esto es la Eucaristía para así vivir en él como un cuerpo. La fiesta que hoy celebramos en la Iglesia no es la fiesta de un cuerpo inerte; es la fiesta del Dios que sacramentalmente se ha quedado entre nosotros en su Iglesia.

Reunidos en torno a la Eucaristía, los creyentes toman conciencia de este rol central de Cristo en sus vidas y experimentan que es en Cristo en quien encuentran la fuerza y el fundamento de su unión-comunión. Así, la Iglesia no cesa de construirse gracias a esta presencia sacramental de Cristo; a través de la eucaristía el Señor continúa edificando su Cuerpo Místico.
En las postrimerías del Año Sacerdotal recordemos la invocación del Papa Benedicto XVI, en la Solemnidad del Corpus Christi del año pasado: «… San Juan María Vianney amaba decir a sus parroquianos: "Venid a la comunión... Es verdad que no sois dignos de ella, pero la necesitáis" (Bernad Nodet, Le curé d'Ars. Sa pensée - Son coeur, editorial Xavier Mappus, París 1995, p. 119). Con la conciencia de ser indignos por causa de los pecados, pero necesitados de alimentarnos con el amor

que el Señor nos ofrece en el sacramento eucarístico, renovemos esta tarde nuestra fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía ¡No hay que dar por descontada nuestra fe!...» (Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi, 11 de junio de 2009).

Por consiguiente, así como el domingo anterior hemos proclamado la fe en el Dios Vivo y Único; en la fiesta de hoy, celebramos al Dios que responde a la necesidad más profunda de la humanidad, porque Él se ofrece como centro de unión y esta comunión, que brota de Cristo que se ha donado por nosotros, ningún poder humano puede destruirla, ni las fuerzas del mal. Esta fiesta llama a los hombres a mirar a Aquel: «...a quien traspasaron...»; y en el que todo hombre ve colmadas sus aspiraciones, porque como dice la Constitución Gaudium et spes: "...en el misterio de Cristo se desvela el misterio de la vida de todo hombre..." (GS, 22).

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar
poscarbalcazar@diocesisdelcallao.org